

EL ESPÍRITU SANTO

MEDITACIÓN

Rosa Mac-Mahón

HECHOS 2, 1-4. Llegado el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos. Y quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu Santo les concedía expresarse.

Ninguno estaba ausente, pues estaba completo el número doce y tenían un solo corazón y una sola alma. Habían subido al mismo lugar de la Santa Cena. En verdad, el que desea el Espíritu Santo pone bajo los pies el domicilio de la carne, trascendiéndolo por la contemplación espiritual.

El fuego es, además de su naturaleza, incorpóreo e invisible, si bien luego, cuando se apodera de algún cuerpo se le ve aparecer de diversos colores según sea la materia en que arde. De modo semejante el Espíritu Santo no es posible verlo, sino a través de las criaturas en que actúa.

Quedaron todos llenos del Espíritu Santo. Esto es signo de plenitud. El vaso lleno se desborda; el fuego no puede ocultarse. Hablaban todas las lenguas; o de otro modo: expresándose en la propia, que es el hebreo, todos entendían como si hablasen en la de cada uno de los oyentes.

Advierte que la dispersión de lenguas tuvo lugar en Babel, porque la soberbia dispersa y la humildad une. En la soberbia hay dispersión y en la humildad concordia.

ORACIÓN

El Espíritu Santo, repartiendo a cada uno como quiere, infunde su gracia donde quiere, como quiere, en la cantidad que quiere y a los que quiere. Que Él se digne difundirla sobre nosotros como la infundió este día en las lenguas de fuego sobre los Apóstoles. A Él sea siempre alabanza y gloria por los siglos eternos. Amen.